

todas las revoluciones y cismas. Este asesinato suspendió completamente los trabajos preparatorios del Concilio. Era preciso esperar á que se tranquilizasen los ánimos para tratar de tan importantes materias, y cada vez se hallaba la Italia mas amenazada de una anarquía general. En este intervalo falleció el papa Paulo III, y su sucesor Julio III convocó el sínodo en Trento para el 1.º de mayo de 1551.

Los cardenales legados para la apertura de esta sesión, fueron Marcelo Crescenzi, Sebastian Pighini y Luis Lipomani; asistiendo además el cardenal Madrucci con once embajadores; nueve arzobispos, cincuenta y siete obispos, varios abades, generales de Ordenes, doctores en derecho civil y canónico, y un gran número de teólogos; entre los que se distinguían, Miranda, Melchor Cano, Garraza, Alfonso de Castro, Miguel Elding Foscarari y Luis de Catana.

Laynez y Salmeron no pudieron presentarse en Trento hasta el mes de julio siguiente. El nuevo Pontífice les había otorgado la misma confianza que su predecesor, permaneciendo en clase de oradores de la Santa Sede; cuya cualidad les daba un derecho á tomar los primeros la palabra. Luego que Laynez se levantó, hizo una declaración que dejó estupefactos á todos los espectadores: «Una vez, dijo, que los dogmas de la fe no pueden ser apoyados «sino por la Escritura y santos Padres, no citaré en apoyo de mi «opinión ningún texto de Padre ó Doctor de la Iglesia, cuya obra «no haya leído desde la primera á la última página, y de la que «no haya extractado todas las notas que prueben hasta la evidencia, cuál es en realidad el sentimiento del autor.»

Discutiáse aquel día la cuestión de la Eucaristía: en medio de un silencio que hacían aun mas profundo la curiosidad y el deseo de coger al Jesuita en algún desliz, habló Laynez, y adujo en prueba de sus demostraciones las sentencias de treinta y seis Padres ó Doctores, citando entre ellos al Tostado, que escribió tanto, que apenas bastaría la vida de un hombre para recorrer muy por encima sus numerosas obras.

El Jesuita, sin embargo, las había estudiado y comprendido tan perfectamente todas, que los teólogos se vieron precisados á aceptar las soluciones que ofrecía con un género tan extraordinario de discusión, en una época en que la imprenta no había aun propagado los libros, ni puesto en circulación tantos manuscritos.

Si la cabeza de Laynez era bastante fuerte para resistir á semejantes fatigas, su salud no podía menos de flaquear: vióse asaltado de repente por unas cuartanas, que le obligaron á ausentarse del Concilio. Empero este, para honrar á un hombre cuyas luces eran tan útiles á la Iglesia, decidió que se suspendiesen las sesiones solemnes, en tanto que Laynez se viese imposibilitado de asistir á ellas.

Este homenaje prestado al Jesuita por tantos obispos, y en especial por tantos rivales, es sin contradicción el mayor elogio que otorgó jamás ninguna asamblea deliberante á uno de sus oradores. Foscarari, obispo de Módena, dominico afamado, y maestro del sacro palacio, hizo otro mayor elogio, que será útil consignar.

«Los PP. Laynez y Salmeron, decía, han hablado contra los «Luteranos sobre la Eucaristía con tanta elocuencia, que me re- «puto feliz de poder vivir algún tiempo en compañía de estos doctos y santos Padres.»

Los asuntos del Concilio marchaban con aquella prudente lentitud de que ha dado la Iglesia tantas pruebas. Los Protestantes, excitados por el duque Mauricio de Sajonia, y animados por Francisco I, que aunque buen católico, tenía la desgracia de creer necesario á su política el lanzar á semejantes enemigos á los dominios de su rival, se sublevaron en 1552, y tomaron las armas contra Carlos V.

Las decisiones de las asambleas generales, el espíritu que animaba á los Padres, y que debía servir de norma á los príncipes, y últimamente las medidas que estos decretos harían adoptar, no permitían á los Luteranos permanecer espectadores tranquilos en la lucha; su orgullo estaba tan interesado, como su nueva creencia. Reclutan un ejército, se apoderan de Ausburgo, amenazan á Inspruck, residencia del Emperador, y á la ciudad de Trento, en que celebraban los Padres sus sesiones. Á la aproximación de estos peligros, se retiraron los obispos de Alemania, Francia, España é Italia, y Julio III suspendió el Concilio, que no se volvió á reunir hasta el pontificado de Pio IV: 18 de enero de 1562.

En esta tercera convocatoria los cardenales legados eran: Hércules de Gonzaga, Gerónimo Scripando, uno de los teólogos mas eruditos de su siglo, Juan Morani, Estanislao Osio, escritor

que forma el orgullo de la Polonia, Ludovico Simonetta, Marcos de Altemps, y Bernardo Naragerio. El cardenal de Lorena, arzobispo de Reims, y el cardenal Madrucci, asistieron al Concilio acompañados de Nicolás de Pellève, arzobispo de Sens; Gabriel de Veneur, obispo de Evreux; Pedro Duval, obispo de Seez; Nicolás Psaume, obispo de Verdun, y muchos otros obispos y prelados franceses.

Luis de Lansac, Arnaud de Ferrier, presidente del parlamento de París, y Guido du Faur, señor de Pibrac y teniente de senescal de Tolosa, acudieron como ministros del rey Carlos IX de Francia; Sigismundo de Thun, como embajador de Alemania; Martinez de Mascareñas, de D. Sebastian de Portugal, y Fernando, conde de Luna, del rey de España Felipe II.

Hallábanse presentes seis plenipotenciarios eclesiásticos; once embajadores de reinos; treinta y tres arzobispos; doscientos treinta y cinco obispos; siete abades; ocho generales de Órdenes; doce doctores de la universidad de París; diez y siete teólogos del rey Felipe II; cuatro del rey de Portugal, y ciento sesenta doctores en ambos derechos, y de todas las Órdenes religiosas. Distinguíanse entre los oradores y teólogos mas célebres al cardenal de Lorena; Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga; Pedro Danés; Miguel Bañus, Paleotti, Marcial Pelligrini, Nicolás Mailard, Juan Pelletier, Ricardo Dupré, Fournier, Paillet, Vigor y Coquier, doctores de la universidad de París.

Esta asamblea, una de las mas numerosas de cuantas han tomado parte en las deliberaciones de la Iglesia, reunida en la catedral de Trento, iba, por fin, á terminar los trabajos de que se habian ocupado las congregaciones precedentes. Era preciso prefiar los límites de todas las autoridades, determinar la autoridad del Papa y la de los obispos, y dar un mentís á la expresion de Carlos V, que al saber el resultado de las primeras sesiones, se habia dejado decir: «Los obispos han acudido al Concilio, mo-destos curas de aldea, y vuelven todos hechos Papas.»

Era este chiste una calumnia lanzada á la vez contra los prelados españoles, como contra los franceses, alemanes y los de toda la cristiandad.

Podian existir, y existian en realidad, varios puntos litigiosos que debatir, algunas prevenciones que vencer, y algunos abusos que extirpar; pero de esto, á usurpar las prerogativas inherentes

á la Santa Sede, habia una gran diferencia. La cristiandad, representada por sus pastores, se hallaba dispuesta á poner un término á los males que afligian á la Iglesia, y de ningun modo pretendia acrecentarlos por medio de una ambicion mas deplorable que la misma herejía. Exigia la cristiandad, tanto en la disciplina como en el dogma, una completa unidad; anhelaba á que se conciliasen todos los derechos, así como todos los intereses, y que la Iglesia fuese una, tanto en su fe como en su jurisdiccion, y obtuvo el objeto de sus deseos por la sabiduría de la Santa Sede y la de los obispos.

Hallábase Laynez en Francia con el P. Polanco, en el momento en que el Concilio dió principio á sus sesiones. Tuvo en Poissy algunas conferencias con Teodoro de Beza y demás jefes del calvinismo, instándoles á que se presentasen en Trento, «para que «la historia no os acuse un dia de haber excitado la reunion cuando la juzgábais imposible, y de haberos sustraído á ella en el «momento en que os esperaba (tales eran sus palabras).»

Semejantes razones alegadas á un hombre tan perspicaz como Beza, ejercian sobre él una poderosa influencia. Conocia este sectario que los discípulos de Lutero y Calvino estaban empeñados en una mala lucha; pero dotado de un espíritu sutil y de un corazon político, le costaba trabajo renunciar á parecer delante del Concilio. Hubiera deseado colocarse como adversario de la Iglesia, en presencia de la Iglesia misma, discutir con sus oradores respecto á los puntos controvertidos, subyugarlos por el ascendiente de su lógica, ó tal vez proporeionar una de esas transacciones que formaban parte de la ilusion de sus ideas.

El rigorismo de que Calvino hacia alarde, y sus formas equívocas, no le habian jamás convenido; Beza procedia mas bien como poeta que como heresiarca. Las pompas de la religion católica, sus tristezas ó sus júbilos, sus cánticos graves ó patéticos, y el esplendor de sus iglesias hablaban con mas fuerza á su imaginacion, que la desnudez de los templos reformados, la sequedad de sus predicantes, la pesada armonía de sus salmos, y la jerga pedantesca de Ginebra, que caía sobre su corazon como un paño mortuorio de plomo. Á la manera que todos los jefes de partido en quienes se ha extinguido el fervor de los primeros dias, se causaba Beza de su papel; el tribuno aspiraba á los tranquilos honores del patriciado. Laynez habia sondeado hasta los últimos

rincones de aquella alma, que después de tan obstinadas luchas únicamente encontraba un vacío, y todo la era indiferente excepto el reposo.

Hallábase sometido á la reacción, que siempre se realiza en las imaginaciones ó en las creencias, que solamente puede calmar la acción del tiempo. Hubiera querido servirse del calvinismo como de un pedestal; pero tenía tras sí hombres más audaces que le impelían, espíritus turbulentos que le comprometían, recelosos que le sospechaban, y ambiciosos que sin poseer sus raras prendas, trataban nada menos que de ofuscarlo. Habíale dejado Laynez entrever aquella situación, que había ya profundizado la perspicaz mirada del heresiarca; pero como el marchar á Trento era sinónimo de caminar á su derrota, ó prepararse un compromiso, el Protestante no tuvo bastante grandeza de alma para confesarse vencido, ni bastante iniciativa en sus resoluciones para aceptar el compromiso.

Las entrevistas que tuvieron estos dos hombres tan diferentes en carácter, como notables por su talento, no dieron otro resultado que justificar la impotencia de los Hugonotes; quienes al rehusar el combate con las condiciones que ellos mismos habían impuesto, confesaban su debilidad, ó en otro caso una persistencia culpable en las doctrinas que no osaban discutir con la Iglesia. Laynez lo comprendió, y así lo hizo comprender.

Todos los Padres del Sínodo reclamaban su presencia, por lo que el Papa le ordenó regresar á toda prisa. El camino de los Alpes no era muy seguro; y teniendo Laynez que arreglar ciertos asuntos importantes de la Compañía en Alemania y en Bélgica, puesto que le habían elegido general por muerte de Loyola, siguió el camino de Bruselas.

Habíale los legados despachado correos para que acelerase su marcha, y llegó por último á Trento á mediados de agosto de 1562. Salmeron y Juan Covillon, enviado extraordinario del duque de Baviera, eran los dos únicos Jesuitas que asistían á las sesiones. Canisio acababa de pasar en aquella ciudad los meses de mayo y junio, á donde fue llamado por la asamblea general, por ser el único que podía dar noticias más precisas sobre la posición política y religiosa de la Alemania, permitiéndole después regresar á su patria, en que su prudente actividad era tan necesaria á la Iglesia, luego que hubo llenado los deseos del Concilio.



Cuando Laynez se presentó en el Sínodo, le designaron los legados el primer puesto delante de todos los generales de las Ordenes monásticas: el Jesuita fué á colocarse en el último rango; insisten los legados, y los generales se ofenden; entonces suplica á los cardenales que no lleven la cosa más adelante; pero el Concilio, que no quiere que semejante humildad pueda un día tener derecho de ley en la jerarquía, le reserva un puesto en el banco de los obispos. Semejante honor, decretado en favor de una sociedad naciente por la Iglesia reunida, no podía menos de suscitar una secreta aversión, y acarrear sobre ella una multitud de calumnias de toda especie. Los Protestantes no se habían engañado: todos tomaban ya al pié de la letra el consejo de Pablo Sarpi, que escribió:

«No hay nada más esencial, que arruinar el crédito de los Jesuitas: porque arruinándolos se destruye á Roma, y una vez destruido el poder de esta capital, la Religión se reformará por sí misma¹.»

Algunos religiosos por envidia, ó por celos, hicieron sufrir á Laynez todo el peso de su prevención. Se había distinguido tanto por sus talentos, que, merced á esa funesta necesidad innata en el hombre de juzgarlo todo á través del prisma de sus pasiones, no tardaron sus émulos en desnaturalizar las intenciones del Padre y las de toda la Compañía. Empero la asamblea general no tomó parte en esas mezquinas rivalidades de convento, que una demostración solemne iba muy luego á reprimir. Viósele publicar un diploma en que, después de haber expuesto el motivo esencial de este negocio de presidencia, y atribuido el origen de la querrela á la persistencia de los legados, decía hablando de los Jesuitas: «Esta Compañía, que para mayor provecho de las almas se ha franqueado ya un paso en una multitud de reinos católicos y paganos, protegiendo Dios la obra que ha comenzado...»

Y el cardenal Carlos Borromeo dirigía al mismo tiempo á los cardenales presidentes una carta, en que manifiesta bien claros

¹ Vida de Fr. Pablo Sarpi al frente de la traducción de su *Historia del concilio de Trento*, por Le Courayer, edición de Londres, 1736, página 51.

Le Courayer había sido canónigo regular de san Agustín y bibliotecario de santa Genoveva: apostató de su Orden abrazando el calvinismo, y se retiró á Inglaterra, en donde fue recibido doctor de la universidad de Oxford.

sus sentimientos personales. « Juzgo superfluo, escribia el 11 de mayo de 1562, alegar las razones que impelen al soberano Pontífice á tener afecto á la Compañía, y á desear que hubiese entrado en todas las provincias católicas; mas una vez que en Francia no quieren mucho á los Jesuitas, desearia el Santo Padre, que al ocuparse el Concilio de los Regulares, hiciese mencion honorífica de la Compañía para recomendársela á aquel reino. »

El gran arzobispo de Milan, cuyas inspiraciones piadosas alentaba el Jesuita Riveira, terminaba su carta del modo siguiente :

« Estos Padres son mas adictos al soberano Pontífice y á la Silla apostólica que lo que vosotros imaginais; por lo que no puedo menos de ser su patrono. Podeis estar persuadidos, de que recibiré como personales todos los favores que os digneis otorgarles: os suplico que los tomeis bajo vuestra proteccion. »

Algunos dias después dieron principio á la discusion sobre la misa; el Concilio manifestó su deseo de escuchar á Laynez sobre una cuestion tan grave, y el Jesuita, que acababa de llegar á Trento, se presentó en la asamblea. Habíala ya tratado Salmeron con tal superioridad, que todos convinieron unánimes en reservar su discurso *ad acta*. Acostumbraban los oradores usar de la palabra desde su puesto; pero los legados, á instancias de los obispos, quisieron hacer con Laynez una excepcion ordenando se erigiese una especie de tribuna, para que aquella inmensa multitud de doctores y prelados no perdiese una sílaba de su discurso.

Dejóse ver el Jesuita en aquella tribuna improvisada, con la frente erguida, los ojos brillantes, la mirada apacible, y la sonrisa en los labios; como se manifestaba en todas las ocasiones de su vida. Su rostro plácido y tranquilo, su tez pálida, lo débil de su complexion, y su nariz pronunciadamente aguileña, comunicaban al conjunto de su persona cierto aire de padecimiento, que venian á justificar sus trabajos de toda especie, sus vigiliias y sus viajes. De pié y enfrente de la asamblea mas erudita del universo, habló durante dos horas y media, casi sin preparacion: abordó la cuestion de la Eucaristía; resolvió sus dificultades, y discutió con tal precision y claridad los puntos del dogma católico, que el Concilio declaró por unanimidad, que habia superado todas las dificultades y disipado todas las dudas.

Ya se habia adquirido la reputacion de orador y controversista; restábale conquistar la de espíritu libre y esforzado. La ternura

de que la Sede apostólica no cesaba de dar público testimonio á la Compañía, llegó á ser á los ojos de los obispos españoles y franceses un motivo muy natural para recelar de sus doctrinas en favor de la autoridad pontificia. Creian muchos, y el presidente du Ferrier era de este número, que Laynez, como teólogo del Papa y general de los Jesuitas, se guardaria muy bien de manifestar otra opinion que la de Roma; pero en la cuestion de matrimonios clandestinos dió un mentís completo á la persuasion general.

Entiéndese por matrimonio clandestino un enlace contraído en secreto, y sin otra formalidad que el mutuo consentimiento de los contrayentes. La corte de Roma trataba de declarar como impedimento dirimente la clandestinidad del matrimonio.

Durante el transcurso de muchos meses, se habian tenido sesiones particulares, con el objeto de formular la doctrina respecto á este Sacramento, empleando para haber de realizarlo las discusiones mas acaloradas. Luego que se halló redactado el cánón que trataba de esta materia que tanto importaba á la Silla apostólica, se vió sometido á la decision de la asamblea: el cardenal de Lorena, protector de la Compañía de Jesús en Paris; el arzobispo de Granada; Mendoza, obispo de Salamanca; el dominico Foscarari, y Zamora, general de los Observantes, se declararon enérgicamente en pro de la ley que el Papa, de acuerdo con la corona de Francia, intentaba hacer prevalecer. El cardenal Madrucci, el patriarca de Venecia y varios otros prelados, habian presentado algunas débiles objeciones cuando Laynez tomó la palabra.

Aun existe el manuscrito de este célebre discurso; solamente que, como todo lo que ha quedado escrito de mano de este Jesuita, es ilegible hasta después de haber consagrado horas enteras al estudio de cada periodo. Pronuncióse abiertamente contra el sentir de la corte romana, pidiendo que no se cambiase nada respecto á la disciplina establecida. Probó que la clandestinidad del matrimonio nada encierra de criminal en su esencia, puesto que de ese modo le contraian en las primeras edades, y aun en muchos casos le habian mirado como lícito los maestros en teología: « Tanto mas, añade, cuanto que santo Tomás, en el libro IV de las *Sentencias*, cuestion 26, artículo 3.º, no vitupera semejante union, « sino bajo la reserva del perjuicio que pudiera resultar, por un « acaso, de la realizacion de esta forma de contrato. »

En seguida pasa á explicar el texto del papa Evaristo que adujo el cardenal de Lorena en apoyo de su dictámen; sostiene la inutilidad del decreto, y demuestra que á su sombra podian muy bien los padres impedir durante muchos años el enlace de sus hijos lanzándolos así al desenfreno.

Dejándose después arrastrar del calor de su discurso, avanzó todavía mas; establece que el cánón, tal como se halla redactado, no sería jamás recibido por los herejes, y que tal vez rehusarian admitirle varias naciones católicas; concluyendo de su admision una infinidad de concubinatos y una confusion deplorable en el orden de las sucesiones. «Me parece improbable, añade, que la Iglesia pueda formular semejante ley, por una razon que otros han expuesto antes que yo, á saber: porque no la es dado á la Iglesia alterar el derecho divino, ni restringir lo que el Evangelio otorga. El matrimonio es un remedio ofrecido contra la incontinencia en favor del que no puede conservar de otro modo la castidad; en este supuesto, hallándose cada uno obligado á proporcionarse los medios de asegurar su salvacion, claro está que la Iglesia no se halla autorizada á impedir los matrimonios, ora designando la edad en que deben realizar su enlace los contrayentes, ora fijando ciertas fórmulas solemnes.»

Apoyaban España y Francia á la Santa Sede, porque temian ambas potencias, que una vez admitida la clandestinidad, se abriera un vasto campo á los hijos de familia para contraer enlaces desiguales, que acabarian por destruir el ascendiente de la nobleza. Estas consideraciones, por mas poderosas que en sí fuesen, no tenian la fuerza suficiente para convencer la imaginacion de Laynez: confesaba, es verdad, que los matrimonios clandestinos acarrearban algunos perjuicios; pero creíalos compensados por el regreso á los principios del Evangelio, y por consiguiente al de la igualdad social.

Bien extraña parecerá por cierto, semejante doctrina en boca de un Jesuita, si se atiende á la actual jurisprudencia y costumbres; pero refiriéndonos á la época en que fue profesada, nos será fácil conocer que Laynez respondia á una necesidad moral, y que su oposicion al dictámen de la Silla apostólica era en él un asunto de conciencia. Después de haberle redactado, modificado y desechado diferentes veces, y después de una madura deliberacion, decidieron que el artículo de los matrimonios clandesti-

nos se retirase de la cuestion del dogma, y pasase al de la reforma.

Con esto dió Laynez una prueba de su independenciam; ofreciéndonos otra en la célebre sesion del 20 de octubre de 1562. Esta vez va á colocarse en oposicion con el famoso Carlos, cardenal de Lorena, y con la mayor parte de los prelados franceses y españoles.

Discutiase el origen del poder episcopal: tratábase de determinar si su potestad dimanaba inmediatamente de Dios, ó de la comunicacion intermediaria que la Sede apostólica les transmite de una parte de su autoridad, y proponian, por último, si la residencia de los obispos en sus respectivas diócesis era de derecho divino.

Estas cuestiones tan largo tiempo controvertidas, y que han suministrado materia para tantos volúmenes, interesaban al Pontífice tanto como á los obispos y príncipes seculares, y especialmente á las coronas de España y Francia.

Funestas podian ser ambas potencias al acrecimiento de la Compañía, que solo contaba veinte y dos años de existencia; y éralas muy fácil detener sus progresos, cerrándola las puertas de sus ciudades; en el caso de que por una doctrina contraria á los derechos que los monarcas y prelados aspiraban á hacer triunfar, tomasen Laynez y Salmeron el partido de la Santa Sede. Hallábase de un lado la extension de su Sociedad; pero veian por el otro el deber, que como teólogos del Papa y como sacerdotes convencidos les era indispensable llenar.

Grave á la verdad era el compromiso; pero el deseo de propagar su Instituto cedió el puesto al deber; y á riesgo de perderlo todo, y sin detenerse en consideraciones personales, expuso Laynez en el mas célebre de sus discursos la doble cuestion presentada.

Hállase este discurso en los archivos del Vaticano, y el cardenal Pallavicini reproduce varios fragmentos de él en su *Historia del Concilio*; pero ha sido alterado y falsificado en otra historia que del mismo Concilio escribió el servita veneciano Sarpi, mas conocido bajo el nombre de Fra-Paolo. Hemos tenido á la vista el discurso auténtico y la primera edicion del Servita, que escribió su obra por las anotaciones del presidente du Ferrier, de quien los Protestantes hicieron un prosélito al fin de sus dias, y ambos